

Hoja sin marcar

CÉSAR AUGUSTO RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Los estudiantes se levantaron con un rechinar de sillas, entregaron los exámenes y salieron del salón. Efraín escuchó sus voces alejarse por el corredor, organizó el montón de hojas sobre la mesa y comenzó a calificar. Encontró en las respuestas desde una nula hasta una aceptable comprensión del tema, con excepción de una hoja, que lo dejó perplejo: redacción impecable y un análisis tan elaborado, que el autor aprovechaba incluso para criticar sus métodos como docente, los cuales consideraba anticuados y aburridos. Sintió cómo la indignación se esparcía por su cuerpo y quiso saber quién había escrito la hoja, pero no estaba marcada.

Esa noche no durmió bien. Por más que lo intentó, no pudo dejar de pensar en la hoja.

Para la mañana siguiente estaba preparado; la estrategia era simple, el estudiante que no recibiera su examen sería el autor de la hoja. Los entregó uno a uno y al terminar, descubrió confundido que todos habían

recibido su examen y él continuaba con la hoja sin marcar en la mano. Revisó el listado de la clase y comprobó que no faltaba nadie. ¿Cómo era eso posible? Se abalanzó y le arrancó el examen al estudiante que tenía delante, luego al que estaba al lado y así continuó hasta recuperarlos todos. Encima de la mesa, comparó la escritura de la hoja con la de los exámenes; los trazos de algunas letras presentaban similitudes, pero nada que fuera concluyente. Era obvio que el autor había cambiado la forma de su escritura; sin embargo, no veía entre los estudiantes alguien con la capacidad para redactar ese texto, y menos, escribir al mismo tiempo unas respuestas diferentes en su propio examen. Un murmullo le hizo levantar la mirada. Los estudiantes lo observaban y él sintió que debía decir algo, por lo que dio indicaciones para que continuaran con la lectura del libro, recogió las hojas, las guardó en la maleta y salió del salón.

Abrió la puerta de la sala de profesores y, sin decidirse a entrar, esperó a percibir alguna risa o al menos una mirada delatora. Pero los pocos que voltearon a mirar de inmediato volvieron a sus lecturas, a sus conversaciones o a sus tazas de café. Hizo un reconocimiento de los presentes, no tenía confianza con la mayoría; los de su generación, casi todos ya se habían jubilado. Solo quedaban Manuel y Amalia: el primero estaba enfermo y no había ido a la Universidad esa semana, y la segunda, sumida en la revisión de una antología de poesía decimonónica, no tenía la personalidad para ese tipo de bromas.

Un olor a comida, que llegaba desde la planta baja, lo guió hasta el comedor. No tenía hambre, por el contrario, había perdido el apetito. Pidió una infusión de manzanilla para lidiar con los nervios y se sentó en un rincón, sacó un libro, colocó en su interior la hoja sin marcar y volvió a leerla. El lugar era bastante agitado, las personas entraban y salían todo el tiempo, unas risas acá, unos gritos allá y un rumor de voces que permaneció durante toda la mañana y que fue disminuyendo a medida que el sol descendía detrás de los edificios. Intentaba relacionar indicios que le resultaban inconexos y, a su vez, esperaba que en cualquier momento el autor de la broma entrara o se levantara de su asiento y revelara su identidad. Pero nada de eso ocurrió. Cuando se encendieron las luces, decidió que era hora de marcharse. Rumbo a su apartamento, se detuvo en varias ocasiones para comprobar que nadie lo seguía.

Esa noche se despertó repetidas veces de un mismo sueño. Al levantarse en la mañana, tan solo recordaba las imágenes de múltiples rostros que se reían de él.

Llegó al salón con tiempo para revisar de nuevo la hoja; ese tono crítico e idealista le resultaba conocido, pero por más que se esforzaba no lograba recordar a quién pertenecía. Por eso, y porque aún no tenía nada claro, decidió volver a indagar entre los estudiantes, que para ese momento ya habían llegado y conversaban en pequeños grupos o permanecían en silencio observando sus celulares. Les pidió a todos que salieran y esperaran afuera, con excepción de una muchacha, a

la que señaló porque no pudo recordar su nombre. No sospechaba de ella en particular, tan solo quería interrogarlos por separado para ver sus reacciones. Cerró la puerta, acomodó una silla junto a la mesa para que ella se sentara y él se sentó del otro lado. La muchacha tenía el cabello pintado de colores, *piercing* en la nariz, tatuaje de dragón en el cuello y medias de malla que parecían telarañas viejas. La apariencia propia de una rebelde, que utilizaba lo que la moda establecía como adecuado para la rebeldía. Se vio a sí mismo con el pelo largo, las botas de puntera y los *jeans* entubados que utilizaba cuando era joven; su antiguo uniforme de rebelde, que con los años se había transformado en otro uniforme, el de la formalidad.

Efraín se refregó los ojos, y en lugar de preguntar por la hoja, le preguntó a la muchacha cómo se sentía en su clase. Indecisa, ella contestó que bien y, ante la insistencia de él, agregó que a veces se aburría. Algo similar ocurrió con los demás estudiantes. Al comienzo no pasaban de la respuesta diplomática, pero cuando se sentían en confianza manifestaban sus inconformidades, las cuales se extendían a otros profesores, al sistema educativo, a sus propias familias y a la sociedad. A pesar de que Efraín no pudo identificar al autor de la hoja, encontró similitudes entre lo que allí estaba escrito y lo que los estudiantes decían; una desmotivación compartida, experimentada también por él cuando era joven. Recordó que, en una ocasión, incluso había realizado una crítica al profesor en las respuestas de un

examen... Buscó su libreta de apuntes, la abrió y colocó encima la hoja sin marcar, era la misma letra.

Cuando era estudiante, su profesor realizaba ese mismo examen. Él había aprovechado las respuestas para escribir una crítica de la clase, pero por temor a las represalias no colocó su nombre y al final ni siquiera entregó la hoja. Obtuvo cero en esa nota, y decidió guardar la hoja como un símbolo, que le recordara aquello en lo que no quería convertirse. Pero lo había olvidado, y con los años olvidaba cada vez más cosas. Tal vez esa era la manera en que las personas se iban convirtiendo en aquello que no querían. Con la hoja entre sus manos, se dio cuenta de que había vivido muchos años con temor de que llegara ese momento.

Hizo entrar a los estudiantes. Lo mejor sería continuar con la clase. Buscó el libro en su maleta y vio que tenía guardados unos exámenes que ya estaban calificados, los sacó y los repartió uno a uno, hasta que todos los estudiantes recibieron el suyo. Pero le faltó entregar una hoja, que aún no había calificado y que estaba sin marcar. Qué raro, pensó, y revisó el listado de la clase para descubrir con sorpresa que no faltaba nadie.

